

TIERRA AL SOL

Tendió la aurora un leve desperezo
y sacudió de estrellas
el húmedo rocío de la noche.

En el turbante de la sierra
puso un carbunclo palpitando sangre,
un corazón de piedra
tallado parigual como un lucero.

Echó sobre los hombros los cendales
blandamente ceñidos de la niebla
y puso en la alcatifa, sin chapines,
la caricia de seda,
arqueada y mimosa,
de un pie soñado en nido de oropéndola.

Se le abrieron los párpados
a la solana inmensa
y surgió de la mar de blancas brumas,
con la baja marea,
un mundo ágreste navegando rumbos
anclados en la tierra:

Los mástiles de chopos del regato,
el alto puente de las rudas crestas,
las guairas bien cebadas de los pinos,
el trapo bajo de las madroñeras,
las gavias de los olmos
y las redondas velas
de una escuadra de encinas, puesta al paio
entre olas de piedra
cuajadas en canchales de granito,
palpitando sirenas
de palomas torcaces y de tórtolas,

de caramillos careando ovejas
y silvanos pastores—majadales
en alfombradas hierbas
latiéndole la entraña paridora,
bien colmada la ubre tibia y prieta—.

Y se llenó de sol otra mar calma,
ancha y lejana tierra,
rizada de barbechos
y verdes tornasoles de paneras,
donde el arado es surtidor de alondras,
el surco es una estela
viva de churubías y picazas
y el labrador navega
un camino fecundo y amoroso,
amor de macho y hembra
largo y difícil, de renunciamientos,
con la color y esencia
del sayal misionero y franciscano
de dura y dolorosa penitencia;
amores que han de dar el pecho limpio
y tender a la siembra,
con arco de oro de menudos panes,
generosa y viril, la mano abierta.

El navegante de las altas combas,
piloto de redonda carabela,
enciende luminarias en albricias
de estas nuevas américas
paridas con dolor de madrugada.

En las ciclópeas testas
de los gigantes berrocales
rebotan encendidos los alertas
de las voces de fuego del vigía
y un eco ágreste en la maleza,
en las besanas mansas,
en los sotos que sangra flor de adelfas,
en los riberos hondos,
en los cabezos de redondas cuestas,

en la mielada pana del barbecho,
 en la aromosa juncia de la aceña...
 con una greguería sonora
 en rudos desacordes se concierta.

El águila levanta en los abismos
 su perdida cometa,
 tiende el ciervo por una mar de jaras
 el naufragio de aguda cornamenta
 y brama sus amores con lujuria
 de bien reñidas hembras,
 enhebra con blandura el aire fino
 la cogujada coquetuela,
 ocarina de ébano bruñido,
 silba el mirlo por fusas y corcheas,
 en jácara de ternes desafíos
 ufanan las perdices su majeza
 y el hombre, con vigor de macho joven,
 hunde la aguda reja
 en las entrañas en tempero
 de la senara nueva
 y enreda una canción entre los surcos
 que laten de placer en la manquera.

Ahora el Sol es hogaza,
 con la cochura tierna,
 alzada en sacramento por las manos
 infinitas de Dios, en la patena
 del azul infinito.

Su morena corteza,
 brindada en comunión como una hostia,
 es savia rebosada en primaveras.

Al Padre Dios le juega en las pupilas
 la redonda sonrisa de la Tierra.

JOSE CANAL

EXTREMEÑISMO

QUODO el mundo vuelve a saber dónde está la cadera de España, que forman Cáceres y Badajoz. Ordenadores de la economía nacional han descubierto, por ejemplo, que existe un río llamado Guadiana y que este río, sesteante desde milenios, ha de pagarse en adelante, al céntuplo, la franquicia que le brindaron unas tierras pródigas. Husmeadores profesionales, de péndola y cuartilla, marchan hacia el Oeste, al rastro de la novedad palpitante, que luego cuentan a todos los españoles. Extremadura, siempre sorprendente, se destaca en la primera página de la actualidad nacional.

Hemos de pensar que estos hechos van a obrar revulsivamente en la actitud regionalista, si en efecto son reveladores, no de un simple cambio de fisonomía, sino del giro de unos supuestos existenciales. Por eso mismo, porque estamos acaso en trance de liquidación, en vías de estreno, es conveniente revisar esa mentalidad y sentimientos regionales, con el doble propósito de repulsa y de aliento. Profesaré antes, sin embargo, mi condición de extremeño «de pura cepa», como se dice; tan pura que ahinca sus raíces, disparadamente, en tres lugares de Extremadura. Y ya se sabe: «omne trinum...» Quiero pedir con esto a mis posibles lectores coterráneos creyentes y aun teorizantes de Extremeñismo, que me concedan benévolamente algún «entendimiento de amor».

El fenómeno regionalista, por supuesto, no es de nuestra propiedad. La montaña y el valle, la costa y la tierra adentro han procurado siempre señalar sus características y diferencias. Sin embargo, aun no votando por gaita ninguna, tal vez debamos reconocer que cualquiera porción de España junta más motivos que la nuestra para hacerlas resaltar, si por cualquiera porción se entiende todo lo que no sea alta meseta castellana, de la cual heredamos nosotros cierta gloriosa indeterminación. Sucede, además, que los regionalismos son ya género demodado. Cuando más, residuos postrománticos y, cuando menos, lujo contraindicado en el gobierno de los pueblos que necesitan afirmar un destino común. Ahora, sobre todo, que por razones diversas se tiende a formar unidades trascendentes, supranacionales incluso, resultaría apocado, incongruente, pararse a contemplar el campanario. Por fortuna muchos desatienden ya esta contemplación.

Existen por ahí varias marcas de exaltación regionalista. Pade-